



ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA AL HILO DE LA OBRA DE
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS A LOS PRINCIPIANTES*

Lección 6:

COMBATIR EL TEDIO DEL CATEQUISTA (1/2)

I. RECAPITULACIÓN DE LAS CLASES ANTERIORES

Queridos amigos: este es el sexto encuentro del curso, solo nos queda ya el de abril. Y en la exposición de la *Catequesis de los Simpatizantes*, de san Agustín, que estudiamos con el fin, sobre todo, de formar nuestra espiritualidad de catequistas, llegamos a un punto fundamental.

Retomemos por un instante lo que dijimos el primer día: que san Agustín escribe esta obra respondiendo a las dificultades de su amigo Deogracias, diácono de Cartago, que había expresado los siguientes problemas a la hora de desarrollar la catequesis a los principiantes:

- No saber cómo exponer de forma adecuada las verdades de la fe, no saber cómo hacer su discurso eficaz y fecundo.
- No saber dónde ha de empezar y terminar la narración.
- Si luego, debe o no añadir alguna exhortación o los preceptos de la vida cristiana.
- Sentimiento de insatisfacción y aburrimiento, “en ti y en tus oyentes”.

De todas estas dificultades expuestas por Deogracias, san Agustín indica desde el principio de la obra que el verdadero escollo es vencer el sentimiento de insatisfacción y aburrimiento.

En realidad, los demás obstáculos no son difíciles de superar: el método de la catequesis, el hilo narrativo que hay que seguir, las necesarias exhortaciones finales...

Después de la introducción, estas son las primeras cosas de las que se ocupa san Agustín, las que nosotros hemos abordado de su mano, desde nuestro segundo encuentro hasta el quinto. Os invito a retomar las explicaciones, que están colgadas en la web, para que no caigan en saco roto y saquemos provecho al esfuerzo que hemos hecho hasta aquí. Si no volvemos sobre ellas y no tratamos de memorizar las cosas fundamentales, pronto lo que hemos disfrutado con la lectura de san Agustín se convertirá en un recuerdo borroso en nuestra mente. Así que os invito a retomar, a releerlo despacio e intentar memorizar las líneas fundamentales de los argumentos de san Agustín.

Después de abordar esos asuntos, que en el fondo solo requieren una cierta claridad de ideas, y después de tratar también cómo afrontar las diversas disposiciones con las que los catequizandos pueden acercarse a la catequesis, san Agustín centra su atención en lo que él considera el escollo más difícil e importante: superar el sentimiento de insatisfacción y aburrimiento, sobre todo en el catequista, superar el tedio del que da la catequesis. Es lo que nosotros abordaremos hoy y en el próximo encuentro de abril.

San Agustín afronta este asunto del tedio del catequista largamente, entre los números 14 y 22 de la obra que estamos tratando. (Ya en la introducción había hecho algunas anotaciones sobre este tedio del catequista).

II. DIVERSAS CAUSAS DEL TEDIO Y SU MEDICINA

«Como te prometí, debo hablarte ahora de cómo adquirir la alegría en la exposición»¹.

«Te quejabas sobre todo de que, cuando instruías a alguno en la fe cristiana, tus palabras te parecían viles y despreciables»². Pero esto te sucede «no tanto por lo que debes exponer, acerca de lo cual sé que estás bien preparado e instruido, ni a causa de la pobreza de las mismas palabras, sino por el hastío interior (*sed animi tedio fieri*)»³. Tus palabras te parecen despreciables por el tedio.

Bien. Analicemos, pues, cuáles pueden ser las causas de este tedio. San Agustín identifica seis posibles causas de este tedio. En un primer momento, las identifica y las describe más o menos brevemente. Después de reconocerlas y

¹ JOSÉ OROZ RETA, *San Agustín. De Catechizandis Rudibus* (BAC 499; Madrid 1988) 472

² *Ibid.*, 473

³ *Ibid.*

describirlas dice: «Sea cual fuere entre ellas la causa real de la turbación de nuestra tranquilidad [...] hemos de buscar el remedio para disminuir nuestra tensión interior y alegrarnos con fervor de espíritu y gozarnos en la tranquilidad de una buena obra, pues "Dios ama al que da con alegría" (2Cor 9,7)»⁴.

Y, a continuación, después de haberlas identificado y descrito, vuelve sobre ellas, para mostrar, una por una, cómo vencerlas.

Nosotros cambiaremos un poco el orden para poder dividir mejor la materia en las dos sesiones. Lo que haremos será ver la descripción y la solución hoy de las tres primeras causas del tedio, y el próximo día de las tres siguientes.

Ya os adelanto una cosa notable: que el principio fundamental del que partirá san Agustín para analizarlas y vencerlas es la caridad. Ya en la introducción había dicho que la catequesis es un ejercicio de la más alta caridad cristiana. Ahora partirá de ese criterio de caridad cristiana para iluminar y superar cada una de las causas del tedio del catequista.

1. Primera causa del tedio.

A) Descripción.

La distancia entre lo que claramente contempla nuestra mente y lo que las palabras son capaces de expresar trabajosamente. Sobre todo ante un oyente "cortito" que no entiende nada. Entonces nuestras palabras se tienen que abajar tanto que no parecen acordes con la grandeza de la idea que tenemos en el interior.

B) Remedio.

Os hago notar que en la descripción de las causas del tedio se observa la aguda percepción de una mente lúcida, pero en la solución se observa la sabiduría de un santo.

Dice: Si nos entristece tener que descender desde la altura del pensamiento hasta la simplicidad de las palabras, «pensemos que nos lo exige aquel que nos mostró su ejemplo para que siguiéramos sus pasos». Hace referencia así a la famosa frase de la 1Pe 2,21: «*Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo*

⁴ *Ibid.*, 474-475

para que sigáis sus huellas». Mucho más grande es la distancia que hay entre la mortalidad de la carne y la inmutabilidad de Dios. Y el Hijo de Dios se despojó de sí mismo para tomar la forma de siervo hasta morir en la cruz. Y esto ocurrió así porque él, Cristo, se hizo débil con los débiles para ganar a los débiles. San Agustín aplica a Cristo las palabras con las que san Pablo habla de sí mismo y de su misión (Cf. 1 Cor 9,22). Cristo murió por todos, no lo habría hecho si hubiera tenido vergüenza de rebajarse hasta ellos.

Pues de la misma manera nosotros.

Este abajarse al auditorio, a hombres brutos e ignorantes de las cosas divinas, incluso a hombres torpes para entender, puede hacerse costoso, pero será dulce si está guiado por el amor, como le es dulce a la madre adaptarse a las pequeñas necesidades de su hijito: «la caridad, cuanto más obsequiosa se rebaja hasta las cosas más humildes, tanto más vigorosamente asciende hacia las realidades íntimas mediante la buena conciencia de no buscar entre aquellos a que se abajó ninguna otra cosa sino su salvación eterna»⁵.

2. Segunda causa del tedio.

A) Descripción.

Que el catequista no quiera **hablar con sus propias palabras** por miedo a caer en algún error o a que sus palabras sean torpes o a que no lleguen a ser bien entendidas por sus oyentes. Y que así **prefiera leer lo que ya antes otro** ha dicho mejor, evitando el peligro de apartarse de la verdad, o de que sus palabras sean torpes. Es decir que, por miedo a no expresarse de la forma adecuada o a terminar diciendo algo erróneo, prefiere leer un discurso hecho por otro que hacer el esfuerzo de expresarse con palabras propias, adaptadas a quienes le escuchan. Es la situación en la que el catequista duda de si sabrá usar el discurso adecuado, de si no dirá cosas superfluas, de si sus palabras serán necesarias para la comprensión o si serán entendidas adecuadamente.

Cuando el catequista se deja llevar por estos temores a no expresarse bien, o a decir algo erróneo, o a ser malentendido, normalmente el resultado es un discurso que ya nace tedioso del corazón del catequista. Y esto es lo que hace que a veces busque leer el discurso hecho ya por otro.

⁵ *Ibid.*, 476

B) Remedio.

Los remedios que propone aquí san Agustín van dirigidos a eliminar este temor, que él dice es normalmente infundado, este temor del que nace el tedio. Y, si a veces aparece este temor, a convertirlo en un arma a nuestro favor y a favor de la catequesis.

Dice:

Cuando lo que ocurre es que nuestras palabras son a veces torpes y esto causa extrañeza en nuestros oyentes, debemos aprovechar esta circunstancia para hacer notar que lo importante no es la pulcritud de nuestras palabras, sino que hayan entendido la verdad de los argumentos, aunque nuestra expresión haya sido torpe.

Por lo que respecta al miedo a introducir algún verdadero error en nuestra exposición, no es un miedo demasiado justificado, es difícil que en la catequesis de los principiantes caigamos en verdaderos errores doctrinales porque esta catequesis se ajusta a las cosas elementales, a "caminos muy trillados". En todo caso, si decimos algo erróneo y nos damos cuenta nosotros, pero vemos que ha pasado desapercibido a nuestros oyentes, hagamos dos cosas: lo dejamos pasar e intentamos estar prevenidos para no volver a repetir el mismo error. No hay mayor problema. Este miedo no debe amedrentar nuestra alma. Y así podremos afrontar nuestro ministerio con alegría.

Si hemos dicho algo errado y nos damos cuenta y nos percatamos también de que nuestros oyentes, atendiendo a nuestras palabras, han mostrado extrañeza o lo han acogido como si fuese algo verdadero, en ese caso tenemos una oportunidad estupenda para hacernos humildes y enseñar la humildad, mostrando con sencillez que nos hemos equivocado en la exposición y mostrando la verdad.

Si ese error nuestro se convierte en causa de mofa o de rechazo por parte de los mismos oyentes, entonces se nos ofrece la oportunidad de ejercitar la paciencia y la misericordia. Mostrando así la paciencia de Dios, podremos conducir a nuestros oyentes con más eficacia a la verdadera penitencia que con un discurso impoluto.

En todo caso, a veces, sin haber errado, nuestros oyentes llegan a conclusiones erróneas o a malentendidos de todo tipo. Si nos percatamos de ello debemos intentar subsanarlo con las aclaraciones pertinentes.

No debemos, por tanto, tener miedo de ninguna de estas situaciones, porque de todas ellas podemos sacar un bien. Así podemos disponernos con confianza y con verdadera alegría al ejercicio de nuestro ministerio.

En todo caso debemos estar atentos a los rostros de nuestros oyentes, porque a veces la extrañeza que se vislumbra en ellos, puede advertirnos del error o del malentendido y atajarlo tal como hemos dicho. Otras veces, la extrañeza que se produce en nuestros oyentes no es culpa nuestra, es tan solo el efecto de la novedad del Evangelio, como aquella extrañeza que hizo que muchos de los discípulos se alejasen del Señor y que él dijese a los otros: "¿También vosotros queréis irnos?" (Jn 6,60-67).

Pero, ante el temor de no hacer un discurso acertado, pensemos sobre todo que es Dios el que guía los corazones y guarda a los suyos del error y de la perdición, de tal forma que a pesar de nuestras torpes palabras, él asegura los pasos de sus amigos. Teniendo esta verdad en el pensamiento e invocando al Señor, temeremos mucho menos el incierto éxito de nuestras palabras. Y, si aún con todo nos vemos asediados por el tedio que esta inseguridad provoca, podremos padecer este tedio a favor de una obra de misericordia. Así, el tedio mismo que viene a nosotros de la mano de la inseguridad, se convertirá en fuente de alegría, porque aceptamos sufrir a favor de la enseñanza del Evangelio. Solo debemos vigilar y evitar no complacernos y envanecernos de nosotros mismos.

Por último, «si aceptamos con alegría que Dios habla por medio de nosotros como podamos [es decir, con todas nuestras capacidades y con todas nuestras limitaciones], luego rogaremos con más confianza a Dios para que él nos hable como deseamos» y así nuestro discurso será eficaz.

3. Tercera causa del tedio

A) Descripción:

La tercera causa que nos provoca tedio es que nos molesta volver tantas veces sobre lo ya sabido. «Nos molesta volver tantísimas veces sobre lo que enseñamos a los principiantes, que nosotros conocemos muy bien y que de nada sirve para nuestro adelanto interior, y es que una mente ya madura no siente placer alguno en tratar de cosas tan conocidas y, en cierto modo, infantiles»⁶.

⁶ *Ibid.* 473

B) Remedio:

«Si nos aburre repetir muchas veces las mismas cosas, sabidas e infantiles, unámonos a nuestros oyentes con amor fraterno, paterno o materno, y fundidos a sus corazones, esas cosas nos parecerán nuevas también a nosotros.

En efecto, tanto puede el afecto de un espíritu que se une a otro, que cuando ellos se dejan impresionar por nosotros que hablamos, y nosotros por los que están aprendiendo, habitamos los unos con los otros: es como si los que nos escuchan hablaran por nosotros, y nosotros, en cierto modo, aprendiéramos en ellos lo que les estamos enseñando»⁷.

Podríamos nosotros resumir: el remedio es amar de veras a quienes instruimos. Y con una frase que repetiré después: «A través de los lazos del amor, cuanto más vivimos en ellos tanto más nuevas resultan para nosotros las cosas viejas»⁸.

Y pone san Agustín un ejemplo:

A veces nosotros conocemos lugares hermosos y amenos, que nos resultan familiares, y que por la misma costumbre y familiaridad no nos provocan un especial deleite. Pero, ¿no suele ocurrir que cuando se los mostramos a los que nunca los habían visto antes se renueva nuestro placer con su placer? Y esto ocurre en más algo grado «cuanto más amigos son, porque a través de los lazos del amor, cuanto más vivimos en ellos tanto más nuevas resultan para nosotros las cosas viejas»⁹.

«¡Con cuánta más razón es oportuno que nos alegremos cuando los hombres aprenden a acercarse a Dios mismo, por el que debe aprenderse todo lo que merece la pena de ser aprendido; y que nos renovemos en su novedad, a fin de que, si nuestra predicación resulta de ordinario más fría, se enfervorice precisamente ante la novedad del auditorio! Contribuirá a nuestra alegría interior el pensar y considerar cómo de la muerte del pecado pasa el hombre a la vida de la fe.

Si para mostrar el camino a una persona extraviada y cansada recorreremos con benéfica alegría los caminos que nos son más desconocidos, ¿con cuánta más alegría y gozo debemos caminar por la doctrina salvífica, incluso aquella que no es necesaria para nosotros, cuando conducimos por los caminos de la paz a las

⁷ *Ibid.* 479-480

⁸ *Ibid.* 480

⁹ *Ibid.* 480

almas desgraciadas y fatigadas por los pecados del mundo bajo las órdenes de quien nos la encomendó!¹⁰

La otras tres causas del tedio de los catequistas y sus remedios las dejamos para el próximo encuentro, que será también el último de este curso.

Pero antes de irnos podemos hacer un resumen breve de las tres causas que hemos visto hoy y de sus correspondientes remedios

1. *Tener que abajarnos desde el estado alto de nuestro conocimiento de Dios a la ignorancia de los que empiezan, sobre todo ante un oyente "cortito" que no entiende nada.*

¿Cuál es el remedio? La caridad. Comprender cómo Dios, movido por el amor a nosotros, se ha abajado a nosotros para elevarnos con él, nos ayudará a amar a los que Dios nos da en custodia y así nos abajaremos con alegría hasta ellos para elevarlos con nosotros hasta el conocimiento del amor de Dios.

Este abajarse a hombres ignorantes de las cosas divinas será dulce si está guiado por el amor, como le es dulce a la madre adaptarse a las pequeñas necesidades de su hijito.

Más aún, la caridad, cuanto más obsequiosa se rebaja hasta las cosas más humildes, tanto más vigorosamente y alegre se eleva hasta las cosas más altas

2. *Que el catequista tenga miedo de hablar y prefiera leer o escuchar lo que ha sido dicho mejor que hacer el esfuerzo de improvisar palabras aceptables a la comprensión de los demás, con la duda de si serán necesarias para la comprensión o si serán entendidas adecuadamente.*

Aquí san Agustín hacía varias indicaciones ante la posibilidad de introducir un error en nuestra exposición, pero la forma de vencer el miedo al error y con ello la tristeza y el tedio que nos pueden agarrar, ¿cuál era? La confianza en Dios. Pensemos sobre todo, que es Dios el que guía los corazones y guarda a los suyos del error y de la perdición, de tal forma que a pesar de nuestras torpes palabras, él asegura los pasos de sus amigos.

Y, si aceptamos con alegría que Dios habla por medio de nosotros con todas nuestras capacidades y con todas nuestras limitaciones, rogaremos con más confianza a Dios para que él nos guíe conforme a su deseo. Descansando en esta confianza, nuestro discurso será eficaz.

¹⁰ *Ibid.* 481

3. *Porque nos molesta volver tantas veces sobre lo ya sabido. Volver a las cosas básicas y mil veces repetidas.*

¿Cómo venceremos aquí el tedio que esto nos provoca? Amando a aquellos a los que instruimos. Si los amamos, nos alegraremos con ellos al mostrarles los fundamentos de nuestra fe, las maravillas que el amor de Dios ha obrado por nosotros, y la grandeza de nuestra vocación. Y así disfrutaremos también nosotros de nuevo de aquellas cosas tan repetidas y conocidas, porque «a través de los lazos del amor, cuanto más vivimos en ellos tanto más nuevas resultan para nosotros las cosas viejas».

III. CONCLUSIÓN

Al resumir así estos consejos para superar el tedio y hacer nuestra catequesis más viva y eficaz, aparece con claridad lo que san Agustín adelantó en la introducción de la obra: que la catequesis es un ejercicio de la más alta caridad cristiana. Al final, la verdadera eficacia está en el amor, que «da con alegría».

Este amor, además de hacer más eficaz y vivo nuestro discurso, crea lazos verdaderos con aquellos a los que catequizamos, de forma que con esos lazos «tiramos» de ellos hacia Cristo. Y no son los catequizandos quienes deben crear estos lazos, sino nosotros.

Cristo es el primero en amar. Él se adelanta a nosotros en el amor y es siempre él el que más ama. También nosotros debemos adelantarnos en el amor hacia los principiantes. San Gregorio Taumaturgo, un discípulo de Orígenes, hablando del afecto que les profesaba su maestro a ellos, y reflexionando sobre aquello concluye:

«El fabricar los lazos corresponde al superior y no al inferior, que es atado con ellos, de forma que ya no puede desatarse de dichos lazos»¹¹.

P. Enrique Santayana C.O.

¹¹ SAN GREGORIO TAUMATURGO, *Discurso del Maestro Cristiano*. Ed. M. Merino (Biblioteca Patristica 10. Ciudad Nueva, Madrid 1990) 120